

## ALGORITMOS DE GUERRA

Tras el fin de las guerras napoleónicas, el liberal francés Benjamin Constant pensó que se iniciaba una nueva era de comercio, legalidad y gobierno representativo, en la que se difuminarían los poderes tradicionales del Estado relacionados con la guerra. El militarismo del Antiguo Régimen y su némesis revolucionaria se habían demostrado ineficaces frente a una entidad política basada en el crédito solvente y la capacidad desenfrenada de hacer dinero. Al disminuir sustancialmente los réditos de la conquista en el teatro europeo, las poblaciones de los distintos países aceptarían los impuestos aprobados en los parlamentos y ajustarían sus diferencias en el mercado. Tras la resonante victoria de Occidente en la Guerra Fría que duró medio siglo se escucharon predicciones parecidas. La transición a un orden internacional basado en el capitalismo, las elecciones y los derechos humanos parecía marcar la pauta global hasta un futuro lejano, aunque en esta ocasión nadie se planteó en serio la obsolescencia de la fuerza militar. Estados Unidos mantendría la hegemonía que había alcanzado en la lucha contra el comunismo, protegiendo a todos los países ricos frente a las eventuales amenazas que pudieran surgir en la inminente era de la globalización. La neutralización de Rusia como gran potencia mediante el cerco de la OTAN e incentivos financieros; la regulación de la entrada de China en el mercado mundial mediante puestos de control en la OMC y el estrecho de Taiwán; la cómoda dirección del FMI y el Banco Mundial por el Departamento del Tesoro; el creciente hostigamiento a los regímenes delincuentes, con o sin autorización de la ONU, y hasta las adquisiciones hostiles de empresas poco solventes por parte de Wall Street, todos esos procesos eran bien acogidos por la opinión pública occidental, mientras las cotizaciones bursátiles subían en Estados Unidos hasta alturas históricas nunca alcanzadas y el presidente Clinton aseguraba que la época del poder coactivo había terminado.

Ese dictamen optimista, por alejado que estuviera de la realidad del consenso de Washington, expresaba la sensación relajada de una supremacía incuestionable. La llegada de una nueva administración republicana en 2001 alteró el ambiente: aunque al comienzo no se produjeron grandes desviaciones de las innovaciones doctrinales de la era Clinton, sus ásperas improvisaciones fuera del guión acostumbrado alteraron los nervios

de los países aliados. Entonces se produjo la conmoción del 11 de Septiembre, modificando –en todos los aspectos– la escena interna e internacional. Se había materializado un fantasma global que sustituía convenientemente el poder galvanizador de la amenaza soviética y sobre el que además se podían alcanzar victorias fáciles que generarían una aclamación plebiscitaria. Un poder ejecutivo dirigido por un energético grupo, agitando el pánico antiterrorista, procedió a poner en práctica una repetición de la revolución de Reagan: enormes recortes de impuestos, una nueva carrera armamentista y un esfuerzo decidido para desplazar más hacia la derecha el centro de gravedad de todo el sistema político estadounidense. En cuanto a la política exterior, la conquista militar directa recuperó su lustre tras la avalancha del ejército estadounidense sobre Kabul y Bagdad, y ahora se estudian como posibles secuelas golpes «preventivos» contra Teherán y Pyongyang.

El «unilateralismo» de Washington ha suscitado, como era de prever, mucha intranquilidad en las filas de sus aliados y clientes tradicionales, ahora reducidos, con pocas excepciones, al papel de espectadores impotentes. A ojos de sus críticos, el actual gobierno estadounidense se alimenta únicamente del impulso que le proporcionó la fortuita coyuntura del 11 de Septiembre, y trata de institucionalizarlo. Desde su inicio, la coherencia y viabilidad de esta audaz empresa se ha convertido en tema de controversia entre expertos, periodistas, intelectuales y manifestantes contra la guerra en todo el mundo. Para muchos, la política del régimen de Bush representa una ruptura fundamental y desconcertante con el papel internacional –en conjunto racional y benigno– desempeñado por Estados Unidos desde 1945, cuyos logros alcanzaron un desarrollo pleno en el escenario posterior a la Guerra Fría establecido bajo la última administración demócrata. Desde esa perspectiva, el gobierno de Clinton se añora con nostalgia, retrospectivamente, como el de una *Pax Americana* humana y responsable, cuyo abandono ha supuesto una desilusión brutal. Pero con el tiempo –así reza el mensaje tranquilizador–, a medida que se vaya desvaneciendo la sensación de emergencia en Estados Unidos o se multipliquen las dificultades prácticas en el extranjero, cabe esperar un retorno a las antiguas normas del liderazgo, un multilateralismo más respetuoso hacia los aliados tradicionales y las instituciones internacionales. El aventurerismo actual debe entenderse como un espasmo insostenible, un golpe neoconservador ajeno al espíritu inmanente de la república.

El libro *The Shield of Achilles* de Philip Bobbitt no corrobora, empero, esos pronósticos esperanzados<sup>1</sup>. Pretende derivar los acontecimientos actuales de una larga saga que se remonta al Renacimiento, cuyos puntos de inflexión serían determinadas revoluciones periódicas en los asuntos militares que modifican las normas constitucionales cuando Estados en guerra

---

<sup>1</sup> Philip BOBBITT, *The Shield of Achilles. War, Peace and the Course of History*, prólogo de Michael Howard, Nueva York, Knopf, 2002.

afrontan alternativas estratégicas sin precedentes. El libro, con más de 900 páginas, fue probablemente concebido a mediados de la década de 1990, cuando el autor —experto constitucionalista y teórico de la disuasión— comenzó a formular una crítica de la estructura militar heredada de la Guerra Fría en discusiones sobre lo que había que hacer con ese tremendo arsenal una vez que el adversario histórico al que estaba destinado a vencer había tirado la toalla. *The Shield of Achilles* ofrece, entre otras cosas, un amplio panorama del debate desarrollado en Washington sobre los objetivos, prioridades e instrumentos de la política exterior estadounidense desde la operación Tormenta del Desierto hasta la Libertad Duradera.

La identidad del autor tiene relevancia. Bobbitt no es republicano, sino demócrata, y no un demócrata corriente. Sobrino de Lyndon Johnson, cuyas emisoras de radio dirigió su padre, pertenece a la elite política tejana que ha producido tan notables bipartidarios como John Connolly, Lloyd Bentsen o Robert Strauss. Su carrera ascendente ha oscilado entre los nombramientos académicos y los políticos, hasta alcanzar los más elevados puestos en ambos campos. Catedrático de Derecho Constitucional y Relaciones Internacionales en la Universidad de Texas, por no hablar de su estancia como profesor de Historia en Oxford y sus estudios sobre la guerra en el King's College, Bobbitt es también miembro del Instituto de Derecho de Estados Unidos, del Consejo de Relaciones Exteriores, del Consejo de Política Internacional del Pacífico y del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos. En Washington fungió sucesivamente como consejero asociado de la Presidencia con Carter, consejero del Comité del Senado sobre el *affaire* Irán/Contras con Reagan, consejero de Derecho Internacional en el Departamento de Estado con Bush senior y director de Inteligencia del Consejo de Seguridad Nacional con Clinton.

### *El catalizador de Clinton*

Pero si la opinión de Bobbitt sobre los distintos dirigentes de Estados Unidos que ha conocido es uniformemente laudatoria<sup>2</sup>, destaca con especial admiración a Clinton; aunque al principio tardó en captar las cuestiones que debía afrontar, y en ocasiones se vio mal servido por quienes le escribían los discursos, fue el hombre de Estado que encaminó a Estados Unidos hacia una concepción enteramente nueva de las relaciones internacionales, generando un cambio «de una magnitud equiparable al de Bismarck». El punto de inflexión de esa revolución fue la decisión del presidente de intervenir en Bosnia y luego en Kosovo, superando los anacrónicos fetiches de la soberanía nacional y los legalismos con que la con-

---

<sup>2</sup> Véase la reveladora entrevista de Bobbitt con Andrew Billen en *The Times* del 24 de junio de 2002: «Quizá debería tranquilizarnos que habiéndose mantenido durante tanto tiempo tan cerca del poder, piense que es, en general, sabio y benigno, que Gerald Ford era “un hombre maravilloso”, Carter no era el indeciso presidente que pretendían los medios, y Reagan —a cuya correspondencia privada ha tenido acceso Bobbitt— era un maestro del detalle».

sagraba la ONU, en interés de la humanidad y de la comunidad occidental. Bobbitt dedica un capítulo apasionado de su libro a estos episodios, en los que evidentemente participó con entusiasmo entre bastidores. Recientemente ha explicado cómo propuso a Clinton una justificación para esas operaciones a escala global: «Estados Unidos intervendrá cuando la amenaza a nuestros intereses estratégicos vitales sea abrumadora e inminente; o cuando coincidan intereses estratégicos significativos y preocupaciones humanitarias; o cuando, aunque no haya un interés estratégico vital, las preocupaciones humanitarias sean altas y los riesgos estratégicos escasos»<sup>3</sup>.

*The Shield of Achilles*, la teorización más sistemática hasta la fecha de las intervenciones imperiales estadounidenses, deja claro que las principales innovaciones ideológicas que las sostienen se elaboraron durante la presidencia de Clinton, no ahora con Bush. La novedad clave fue la proclamación de la legitimidad de una intervención militar –aunque no estuviera amenazada la soberanía nacional ni se hubiera producido una agresión– para defender los derechos humanos, combatir al terrorismo o bloquear la proliferación nuclear. En nombre de la primera de esas rúbricas, Clinton desencadenó una guerra a gran escala en Yugoslavia; en nombre de la segunda bombardeó Sudán, Iraq y Afganistán; y en nombre de la tercera amenazó con un ataque preventivo contra Corea del Norte en 1994 (que no se llevó a cabo por las mismas razones que han frenado hasta ahora a Bush, esto es, el miedo a las consecuencias para Seúl). El gobierno republicano, pese a la estridente disparidad de estilo, ha operado esencialmente en el mismo marco. La principal diferencia ha sido táctica más que jurídica –menor concertación con los aliados europeos–, haciendo caso omiso de las anteriores limitaciones impuestas por el derecho internacional.

Así pues, de acuerdo con su papel en la Administración de Clinton, Bobbitt tenía que defender sin ambages la invasión de Iraq, ya que en su opinión el régimen baazista merecía el ataque por los mismos criterios que él había formalizado para el caso de Bosnia. Sadam era al mismo tiempo un archiviador de los derechos humanos, pretendía hacerse con armas nucleares y, lo más decisivo, tenía en su poder activos estratégicos –petróleo– vitales para Estados Unidos. Como él mismo explica, «el interés de Occidente en hacerse con el control del petróleo iraquí, en manos de Sadam, era para Estados Unidos y el Reino Unido una motivación tan importante al menos como hacer que los beneficios del petróleo fueran a parar a los iraquíes corrientes. [...] Fue la gran riqueza de Sadam, derivada de la renta del petróleo y puesta al servicio de su incansable búsqueda de armas de destrucción masiva, lo que hizo tan urgente su derrocamiento»<sup>4</sup>. Bobbitt, que por el momento no desempeña ningún puesto en Washing-

<sup>3</sup> Ph. BOBBITT, «What's in it for US?», *The Guardian*, 7 de junio de 2003. Véase también *The Shield of Achilles*, cit., p. 339.

<sup>4</sup> Ph. Bobbitt, «What's in it for US?», cit.

ton, piensa que la Administración de Bush debería haber insistido más en el carácter preventivo de su asalto a Bagdad –frustrar, más que destruir, las armas nucleares iraquíes– y debería haber nombrado a algunos distinguidos demócratas para puestos importantes, para poner de manifiesto la unidad nacional en la guerra contra el terrorismo<sup>5</sup>. Entretanto, desde Londres, donde sus numerosas estancias académicas le han proporcionado contactos a todos los niveles con el *establishment* local, Bobitt ha apoyado incansablemente al gobierno de Blair, en periódicos, conferencias y páginas web, defendiendo la postura británica en relación con la operación Libertad Iraquí. El papel de consejero áulico informal en Downing Street le viene curiosamente como anillo al dedo, ya que Blair representa, como cómplice de los designios bélicos de ambos presidentes, la encarnación viviente de la continuidad entre los periodos de Clinton y Bush.

### *Poesía y devoción*

Pasemos, pues, a analizar los valores intelectuales de una obra que es fruto de una carrera política tan sobresaliente. *The Shield of Achilles* trata de presentar las intervenciones militares de la década posterior a la Guerra Fría como el capítulo más reciente de la historia de la civilización. Las pretensiones literarias de la obra son bastante llamativas; el título se refiere a los expresivos pasajes de la *Ilíada* en los que un mundo arcaico de contiendas épicas se resume en el microcosmos del talón de un héroe. El autor suscribe el antiguo proverbio: «La guerra es la madre de todas las cosas» o, como dice él mismo con expresión más moderna: «Junto al mercado y los tribunales de justicia, con los que está inextricablemente entrelazada, la guerra es un acto creativo del hombre civilizado, con importantes consecuencias para el resto de la cultura humana»<sup>6</sup>. Si bien todo el libro está empapado del *pathos* de los campos de batalla, proyectando una visión heroica de la guerra permanente, cada una de sus seis partes se abre, como puntuando líricamente su desarrollo, con un poema en cursiva, que no tiene mucha relación con la argumentación que sigue, ya que su función retórica es otra: casi todos ellos provienen de Europa oriental, constituyendo una antología de desesperanza por las atroces consecuencias del fanatismo moderno, con alguna oda patriótica ocasional de vez en cuando. De esas páginas brotan efluvios evocadores del viejo *Kulturpessimismus*. El historiador Michael Howard, en el exagerado encomio con que prologa la obra, la compara incautamente en un momento dado con *La decadencia de Occidente* de Spengler, aunque el texto de Bobbitt sea más optimista. Los poemas de Milosz, Holub, Brodski,

<sup>5</sup> El verano pasado, hablando de la Guerra contra el Terrorismo, se lamentaba: «No lo estamos tratando como una guerra. Si Estados Unidos lo estuviera tratando como una guerra, habría demócratas en el Gabinete. Una de las primeras cosas que hizo Roosevelt fue nombrar a Henry Stimson secretario de Guerra y a Frank Knox secretario de la Armada»: entrevista de Bobbitt con Andrew Billen en *The Times* del 24 de junio de 2002.

<sup>6</sup> Ph. Bobbitt, *The Shield of Achilles*, cit., p. xxxi.

Herbert y Szyborska, entremezclados con uno o dos pegotes de Larkin y Auden, están ahí para elevar el tono, sin distraer del resuelto inventario de las victorias históricas de Occidente y los medios actuales para prolongarlas.

Esa chocante poética no logra ocultar las limitaciones culturales del autor: aunque en sus páginas aparecen ocasionales frases en francés y alemán, aparte de unas escasas excepciones la bibliografía de *The Shield of Achilles* –unos trescientos títulos– está toda en inglés. Las rarezas del libro no acaban ahí; aunque sus descripciones de una *Machtspolitik* imperial emergente suelen ser lúcidas y desapasionadas, Bobbitt cae de cuando en cuando en el sermoneo más barroco: el mismo autor que contempla con distanciamiento la primera utilización de la bomba atómica en Japón arde de indignación al comentar el destino de Sarajevo. La retórica resultante es una combinación desconcertante de misticismo estadounidense y fríos diagnósticos. El misticismo es de origen baptista, la misma fe que llevó a Clinton a sus genuflexiones de desagravio ante el reverendo Jackson y que sigue inspirando a su sucesor. Bobbitt la exhibe en su extravagante dedicatoria, que parece venirnos de otra época. *The Shield of Achilles* está dedicado

A quienes me dieron a conocer con amor la gracia de Dios y a aquellos cuya amabilidad me ha mantenido desde entonces bajo Su cuidado.

Una obra anterior, *Constitutional Fate*, se abre con las palabras:

Me gustaría decir que «este libro está escrito *ad majorem Dei gloriam*», pero hoy día eso parecería una argucia, esto es, el truco de un tramposo, ya que no sería bien entendido. Quiero decir simplemente que lo escribí cuando el sufrimiento de alguien muy querido llegaba a su fin, y debería servir a un valor que no puedo nombrar, y que no es la mera autoestima. En la medida en que no haya logrado una armonía con ese valor, mi libro habrá fracasado en lo que intenta expresar.

Tales florituras de religiosidad posmoderna no se concilian bien con un militarismo pagano. Pero *The Shield of Achilles* contiene defectos más graves que sus dilemas sobre valores o su mal gusto. Es una obra, por decirlo suavemente, basada en una erudición histórica desigual. Aparentando ofrecer un estudio académico de los últimos quinientos años de historia (exclusivamente) occidental, lo que presenta en realidad es una sucesión esquemática de hechos seleccionados para ilustrar una doctrina o un argumento. La forma real del libro es la de tantas parábolas –educativas o amenazantes– del pasado, siguiendo la moda creada por escritores populares como Barbara Tuchman, más que la tradición de historiadores serios como Hintze o Bloch. Sintomáticos de este estilo son los retratos edificantes de grandes figuras olvidadas cuyo ejemplo puede ofrecer inspiración moral para los protagonistas actuales. Bobbitt presenta en *The Shield of Achilles* dos de esas «vidas ejemplares», dedicándoles un espacio desproporcionadamente largo con respecto a los pretendidos propósitos del esquema analítico: Castlereagh y el «coronel» House. El primero encar-

na, con bastante lógica, al clarividente arquitecto del acuerdo contrarrevolucionario alcanzado en el congreso de Viena, cuya sabiduría solitaria ilumina como un faro a los hombres de Estado contemporáneos tras el Waterloo del siglo xx.

El segundo, amigo y confidente de Woodrow Wilson, tuvo menos éxito en Versalles, pero aun así contribuyó a orientar a Estados Unidos hacia su futuro destino global. En este caso el modelo es más cercano, ya que era también tejano y actuaba en parte bajo la luz política de las maquinaciones electorales y en parte en la sombra de las intrigas diplomáticas, y se sentía poseído por una adhesión visionaria a un «mundo de ley y justicia» de acuerdo con las especificaciones estadounidenses. Bobbitt se refiere con especial admiración a «The Inquiry», el comité secreto de 126 expertos reunido a raíz de la Revolución de Octubre «para recoger los datos que proporcionarían una base factual y analítica para conseguir un asentamiento estadounidense» en Europa. Lo que Estados Unidos necesita hoy, explica, es un «equipo de visión» comparable, también reunido en secreto, pero que ahora no debe incluir únicamente a juristas y científicos como en los días de Wilson, sino también a directivos de empresa y hombres de negocios, para proporcionar una auténtica orientación estratégica a la presidencia<sup>7</sup>. No es difícil adivinar su candidato para el puesto de House.

Digresiones como las señaladas podrían considerarse meras extravagancias, aunque reveladoras, en un texto cuyo propósito es muy distinto. Una dificultad más seria es la que plantea la estructura de *The Shield of Achilles*, cuya organización general es opacamente confusa y exuberante. El contraste con la reciente *Tragedy of Great Power Politics* de John Mearsheimer, modelo de claridad y frugalidad de expresión, es llamativo a este respecto, y también en otros<sup>8</sup>. El libro, dividido en dos partes, «Estado de Guerra» y «Estados de Paz», no obedece a ninguna lógica coherente ni sigue un orden cronológico: comienza con un capítulo sobre el periodo 1914-1990; retrocede a 1494-1914; vuelve hacia adelante a la década de 1990 y las perspectivas de futuro; se desvía bruscamente en unas páginas dedicadas al «coronel» House y luego salta a Bosnia; regresa de nuevo a comienzos del siglo xvi; y tras devolvernos una vez más al presente nos presenta finalmente un menú de escenarios imaginarios para el siglo xxi, junto con un epílogo sobre las Torres Gemelas que acompaña con la plegaria de Jorge VI en 1939: «Que la mano del Todopoderoso nos guíe y nos sostenga a todos». Bobbitt explica que en un principio pretendía escribir dos volúmenes y que luego decidió unirlos en uno solo. El resultado es una construcción excesivamente pesada, en la que cada una de las frases puede ser lúcida, y aun elegante, pero el conjunto resulta descomunal y deslavaza-

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 399, 315.

<sup>8</sup> Véase la recensión de Peter GOWAN sobre esta importante obra, «Un cálculo de poder», *NLR* 16 (septiembre-octubre de 2002), pp. 44-63.

do, una acumulación de páginas que probablemente alejará a los lectores a los que se dirige más que atraerlos o impresionarlos.

### *Estrategia y legalidad*

Pero *The Shield of Achilles* no se reduce a sus muchas debilidades y excentricidades. Como obra teórica posee una fuerza interna que la destaca entre la literatura estratégica del periodo actual. La desacostumbrada combinación de intereses de Bobbitt –jurista constitucional y experto en armamento– le permite hermanar dos perspectivas que, como él mismo señala, no suelen aparecer juntas: el orden legal –y social– interno de los Estados y su constelación militar y diplomática externa. La originalidad de su libro reside en el intento de concebir el Estado como una concentración de fuerza pública legítima, dirigida simultáneamente hacia adentro y hacia afuera. Por sí mismo, el mérito de esa empresa es evidente. El criterio más significativo para juzgar el libro es la forma en que Bobbitt la lleva a cabo. Su exposición de la sucesión de formas de Estado moderno como una serie coherente se basa en la idea de «constitución» que le permite unificar sus áreas internas y externas en un sistema único.

En el ámbito doméstico, se trata por supuesto de un planteamiento corriente en la enciclopedia política que describa el marco jurídico del poder del Estado en cualquier orden social dado: en las sociedades premodernas, éste es aceptado por mor de la costumbre o de la tradición; en casi todas las sociedades modernas, se codifica en constituciones escritas. El principal objetivo de Bobbitt consiste en extender su aplicación del área intraestatal a la interestatal. *The Shield of Achilles* presenta una sucesión de regímenes legales internacionales que sucesivamente han establecido las normas de la guerra y la diplomacia desde finales del medievo hasta el siglo xx:

Parto de la premisa de que existe una constitución del conjunto de la sociedad de los Estados, que se propone y se ratifica en las conferencias de paz que ponen fin a las guerras que marcan una época, previamente descritas, y se enmienda en otras conferencias de paz de menor importancia, y cuya función consiste en institucionalizar un orden internacional derivado del orden constitucional triunfante del Estado que ha ganado la guerra<sup>9</sup>.

Bobbitt concibe esas conferencias de paz históricas –Augsburgo, Westfalia, Utrecht, Viena, Versalles– como asambleas constituyentes tras prolongados conflictos violentos, en las que los signatarios acuerdan aceptar los preceptos fundamentales sobre los que contendrán durante la siguiente guerra larga. Las conferencias que establecen las reglas para este juego ratifican la doctrina estratégica del Estado hegemónico cuyos dispositivos internos se han demostrado como la forma más efectiva de movilizar y desplegar la fuerza militar.

---

<sup>9</sup> Ph. Bobbitt, *The Shield of Achilles*, cit., p. 483.



De entrada hay que subrayar dos características de esta construcción teórica. La primera es una evasiva fundamental en el ámbito de la causalidad histórica. ¿Son las revoluciones estratégicas –esto es, militares– las que dan lugar a nuevas configuraciones legales, primero dentro de los Estados y luego entre ellos? ¿O es más bien el surgimiento de innovaciones jurídicas en los Estados lo que asegura en definitiva la victoria en el campo de batalla? Bobbitt –que ve la *raison d'être* del poder del Estado en constante movimiento entre los imperativos entrelazados del orden doméstico y el dominio exterior– parece admitir teóricamente cualquiera de las dos posibilidades, sin preocuparse por establecer ninguna dialéctica particular entre ellas. Pero en una inspección más detallada aparece claramente una contradicción básica en su construcción. Hay párrafos donde defiende la primacía de los desarrollos internos: «A largo plazo es el orden constitucional del Estado el que tiende a otorgarle ventaja militar confiriéndole cohesión, continuidad y sobre todo legitimidad para sus operaciones estratégicas»; de ahí que «el derecho internacional exprese el triunfo de un orden constitucional determinado en los distintos Estados de los que consta esa sociedad»<sup>10</sup>. Pero en otros insiste en la primacía de la matriz externa: «La razón por la que las guerras que hacen época consiguen retrospectivamente una importancia histórica es porque, sea cual sea su causa, desafían y en último término modifican la estructura básica del Estado, que es, después de todo, una institución para hacer la guerra». Por eso «los tratados que hacen época reconocen y legitiman el orden constitucional doméstico dominante, porque ese orden arquetípico se ha forjado en el conflicto al que pone fin el tratado de paz»<sup>11</sup>.

Formulados así, los dos postulados son incompatibles. En la narración que vertebran cabe poca duda de cuál es el que tiene más importancia. Aunque en el historial de Bobbitt y en casi todas sus obras anteriores lo que prima es el derecho constitucional más que la teoría de la disuasión, en *The Shield of Achilles* son la guerra y sus consecuencias las que se llevan la palma. La aseveración central del libro es que las autorizaciones «constitucionales» van cambiando periódicamente en un inexorable campo geopolítico de selección, cuya historia es la de una sucesión de guerras largas, que duran entre treinta y ochenta años. La presión para adoptar las últimas innovaciones militares conduce a un desplazamiento del epicentro doméstico en el que se toman las decisiones que favorece a quienes pueden emplear con mayor eficacia el nuevo armamento, alterando las normas heredadas de dominio y armamento en su propio beneficio. Desde el inicio moderno de la era de los Estados guerreros, los gobiernos han tratado de incorporar las innovaciones que parecen explicar el éxito de sus rivales triunfantes.

Este *Primat der Aussenpolitik* queda matizado, pero no negado, por el reconocimiento de que las revoluciones internas pueden redefinir los

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 209, xxix.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 333, 502.

objetivos estratégicos de los Estados en este terreno. Las potencias aspirantes tratan de emular el prototipo constitucional del Estado hegemónico, pero el peso de su herencia constitucional más vieja impide a muchos de ellos adoptar las innovaciones estratégicas triunfantes, y son anexionados, neutralizados o superados en la carrera. Bobbitt atiende solamente en cada periodo a los Estados que representan la delgada línea del avance histórico, relegando a los demás a la irrelevancia. La historia constitucional evoluciona como una sucesión de atributos decisivos de fuerza legítima —«principados», «reinos», «territorios», «naciones-Estado» y «Estados-nación»— que suponen en último término una genealogía esquemática del militarismo neoliberal contemporáneo en el que desemboca la narración.

En esta secuencia, lo que importa realmente es el armamento y la diplomacia, que son los que instituyen una nueva legitimidad, no la jurisprudencia. Bobbitt acompaña su narración primordial con una derivación adventicia que pretende trazar la evolución de las teorías del derecho internacional durante esos mismos quinientos años. Vitoria, Suárez, Gentili, Grocio, Wolff, Vattel y Austin aparecen en un apresurado recorrido como paradigmas de sus correspondientes periodos. La escasa seriedad de ese aspecto de su libro queda patente cuando alcanza los tiempos modernos, el periodo de entreguerras del siglo xx, en el que Bobbitt se las arregla para hablar de Kelsen sin mencionar *Das Problem der Souveränität und die Theorie des Völkerrechts* y de Schmitt sin haber oído hablar de *Der Nomos der Erde*, que constituye el estudio clásico de las epistemes fundamentales del derecho internacional, que supuestamente es el tema que trata; en su lugar se entretiene en divagaciones sobre la Escuela de Frankfurt. No sería justo atribuir demasiada importancia a la tosquedad de esas referencias, ya que las glosas de juristas de la Escuela de Salamanca o de New Haven desempeñan un papel bastante modesto en su definición de las actividades desempeñadas por el Estado. Quizá sea por eso por lo que Bobbitt considera en definitiva los preceptos del derecho internacional no como normas válidas que vinculan a las grandes potencias, sino como un repertorio de fórmulas elásticas, frases hechas y racionalizaciones, esencialmente un juego vagamente codificado del lenguaje diplomático. Resulta reveladora la pregunta que se hace en determinado momento: «¿Habría sido diferente la historia del siglo xx si no hubiera habido derecho internacional?», recordando —si no respaldando— el mordaz juicio de Dean Acheson<sup>12</sup> de que «la supervivencia del Estado no es una cuestión de derecho»<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> Subsecretario del Tesoro con Roosevelt y subsecretario de Estado con Truman; promotor del Plan Marshall; acusado por el senador McCarthy y por Nixon de amparar a comunistas en el Departamento de Estado [N. del T.].

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 642, 654.

## Constituciones ambiguas

Si la violencia y la legalidad no parecen en absoluto equiparables en la presentación que hace Bobbitt de las relaciones interestatales, ¿qué papel juegan en la evolución doméstica de los Estados? Ahí hay una anomalía que llama inmediatamente la atención. En ningún país del mundo tiene la constitución un papel tan importante como en Estados Unidos. Pero para que la historia de ese país se adecue al esquema de Bobbitt, tendría que haber habido al menos tres órdenes constitucionales sucesivos, esto es, distintos marcos jurídicos para la nación-Estado, el Estado-nación y el Estado-mercado actual. Incluso si se les atribuyera a los padres fundadores la inauguración de un Estado-nación, saltándose la primera etapa (línea de argumentación que la exposición que hace Bobbitt de la Guerra Civil parece contravenir), al menos se tendría que estar fraguando una segunda constitución a medida que va cobrando forma el Estado-mercado. Eso constituiría ciertamente un pensamiento incendiario para una cultura que considera la Constitución de 1787, con o sin las enmiendas subsiguientes, un documento prácticamente sagrado. Bobbitt se apresura a negarlo<sup>14</sup>; pese a todo, no hay ninguna necesidad de modificar la Constitución.

Lo que esto revela, por supuesto, es que el uso que hace Bobbitt del término *constitución*, ya sea para su país o en general, es esencialmente táctico y metafórico. No se refiere a una Declaración de Derechos tangible ni a principios firmes del derecho, sino a disposiciones de otro tipo. Por debajo de la superficie retórica del texto, su perceptible desprecio hacia las ilusiones normativas sugiere una preferencia por una jurisprudencia más concreta. La concepción de Bobbitt de la «constitución» borra la distinción entre hechos puros y normas legales. En *The Shield of Achilles* el término se refiere en la práctica a una forma de distribuir el poder, la riqueza y el *status*—un «régimen» en el sentido aristotélico— cuyo *telos* se puede expresar como una máxima legitimadora, aunque no le venga mal la asociación—ilícita—con su significado tradicional; de hecho, el deslizamiento de uno a otro se va produciendo poco a poco a lo largo del libro.

### *Desde el Renacimiento hasta la Primera Guerra Mundial*

Bobbitt inicia su narración histórica propiamente dicha en el preludio a la llamada «revolución militar» de 1560 a 1660. Durante ese periodo se produjo una decuplicación del tamaño de los ejércitos, la introducción de la infantería armada con mosquetes, nuevas formas de reclutamiento y entrenamiento, la improvisación de un aparato financiero para el reclutamiento y aprovisionamiento de las tropas y la centralización fiscal para poder hacer frente a los gastos ordinarios. Las grandes monarquías del

---

<sup>14</sup> «Debería insistir en que esa transformación no significa que la actual Constitución estadounidense tenga que ser reformada», *ibid.*, p. 213.

siglo XVI comenzaron su carrera armamentística emulando a las minúsculas unidades políticas posfeudales de la península italiana, a las que Bobbitt, recordando a Maquiavelo, concede el título de «Estados principescos». Aunque atribuye su auge al espíritu laico del Renacimiento, pone como ejemplo de su forma constitucional a los Habsburgo de la Contrarreforma. Esa dinastía austro-hispánica, basada vagamente en su territorio estatal, combatió durante medio siglo por la primacía europea contra su homóloga Valois, antes de verse obligada a repartir su herencia y a abandonar sus grandiosas ambiciones imperiales en el Tratado de Augsburgo de 1555.

La siguiente época de guerra interestatal cobró la forma de una contienda religiosa en todo el continente. Bobbitt entiende los campos de batalla de la Guerra de los Treinta Años como campo de ensayo de un «Estado monárquico» emergente cuyo *status* canónico acabó siendo ratificado en el Tratado de Westfalia. Las poderosas ramas del clan Habsburgo, residentes en Madrid y Viena, quedan fuera del cuadro, del mismo modo que la República holandesa, cuyo apogeo se traslada, sin razones que lo justifiquen, al siglo siguiente. Las revoluciones que tuvieron lugar durante el siglo XVII en las Provincias Unidas e Inglaterra no empañan la imagen que presenta el autor de una era de creciente absolutismo. Richelieu y Gustavo Adolfo II de Suecia son los dos representantes principales de ese mundo emergente, cuya fórmula constitucional es *cujus regio eius religio*. El reinado del Rey Sol en Francia aparece como apogeo de ese Estado monárquico, que según la tipología de Bobbitt consiste en un régimen dinástico fusionado con un territorio estatal, que adopta fuertes medidas contra los conflictos confesionales y que practica una política recaudatoria depredadora. Las guerras de la coalición que puso freno al engrandecimiento militar y dinástico de Luis XIV establecieron, a su vez, la norma constitucional del «Estado territorial», cuyos intereses adquiridos en el equilibrio de poder fueron reconocidos como norma fundamental de la guerra y la diplomacia en el Tratado de Utrecht en 1713. Olvidando la pompa cortesana y las ambiciones dinásticas de Versalles, los Estados definidos por Bobbitt como «territoriales» se distinguían según él por su tolerancia, su racionalidad legal y su mercantilismo promotor del desarrollo. En las décadas clásicas de la guerra de gabinete, el triunvirato formado por Gran Bretaña, las Provincias Unidas y Prusia alcanzó la primacía frente a una monarquía borbónica en lento declive.

Las innovaciones constitucionales que alteraron la jerarquía de poder europea durante la siguiente época de relaciones internacionales fueron el resultado de los levantamientos republicanos. La Revolución Francesa forjó un modelo de movilización de masas orquestada por el gobierno, adoptado a continuación por los Estados más innovadores para recuperarse de la ocupación napoleónica. La figura hegeliano-clausewitziana de la «nación-Estado», surgida del viejo sistema de Estados europeos, drásticamente podado, pretendía encarnar el espíritu de los pueblos históricos.

Bobbitt presenta el Congreso de Viena como una convención diplomática volcada en la definición de las obligaciones y derechos de seguridad del areópago de las grandes potencias, en un dilema desgarrado entre restauración y reforma. Castlereagh aparece en ese contexto como un hombre de Estado visionario enfrentado a sus miopes colegas, poco dispuestos a abandonar el *statu quo ante*. Bobbitt lo utiliza como un ventrílocuo, amparándose en ese dudoso titán de la historia mundial para dar mayor realce a sus propias opiniones, de forma parecida a lo que han hecho Kissinger con Metternich o Calasso con Talleyrand.

El largo excurso sobre ese genio incomprendido no puede ocultar por completo la aporía de la narración en ese punto. El Congreso de Viena, que supuestamente consagró la nación-Estado como forma constitucional legítima de la nueva era, en realidad supuso el aplastamiento de su materialización más avanzada, Francia –que debería, según el esquema de Bobbitt, haber sido la vencedora–, y el triunfo de su negación, el legitimismo dinástico, en la mayor parte del continente, desde Alejandro I en un extremo hasta Fernando VII en el otro. No vale la pena entretenerse aquí en lo que esos gobernantes aportaron con su supuesta dedicación a la «nación-Estado».

Para Bobbitt, la transición a la siguiente etapa del «Estado-nación» fue consecuencia de la revolución industrial acontecida a mediados del siglo XIX, que trasladó el paisaje de Manchester a Estados Unidos y el continente europeo, ampliando repentinamente las diferencias en la velocidad del transporte de tropas, la potencia de fuego y la escala de aprovisionamiento, lo que resultó decisivo en una serie de guerras de unificación nacional ganadas por Prusia en Alemania, Piamonte en Italia y la Unión en Estados Unidos. Estas transformaciones constitucionales establecieron el modelo para un universo político emergente en el que la estatalidad acabó convirtiéndose en un proyecto populista de promesas de bienestar, educación de masas y servicio militar obligatorio para todos. Pero el paquete completo incluía un deslizamiento hacia la guerra total, cuando los nacionalismos de los Estados oficiales de las grandes potencias se transformaron en credos más militantes. La Primera Guerra Mundial abrió paso a la revolución rusa y a la marcha de Mussolini sobre Roma, así como al idealismo wilsoniano, abriendo un conflicto histórico entre modelos drásticamente diferentes de estado-nacionalidad legítima.

### *La culpabilidad alemana*

La introducción de este eje de división quiebra, empero, por segunda vez la coherencia de la narración, y aún más decisivamente. En su presentación de las anteriores conferencias de paz, las normas legitimadoras del orden interestatal quedaron establecidas siempre poco después de la génesis del paradigma constitucional ascendente. Pero en Versalles este

poder constituyente no se llegó a materializar debido a la existencia de diferencias *ideológicas* irreconciliables entre regímenes que pertenecían a la misma familia populista. La democracia liberal, el comunismo y el fascismo eran los tres rostros del Estado-nación del siglo xx: a diferencia de las constituciones que le precedieron, esta vez no había universales concretos que unieran ese campo ideológicamente dividido. Como consecuencia de la intensidad de esa lucha interna, la larga guerra del siglo xx—desde 1914 hasta 1990— se desarrolló sin un acuerdo internacional fundacional. Según *The Shield of Achilles*, las normas consensuadas de la soberanía del «Estado-nación» no se extendieron a todo el sistema hasta la conclusión de esa larga guerra en la paz de París de 1990, para comenzar inmediatamente a disolverse, o al menos así parece. Esa incoherencia en la exposición no es examinada, ni siquiera mencionada, por el autor.

En esta narrativa, el internacionalismo wilsoniano ejemplifica la concepción democrático-liberal del orden mundial basado en el Estado-nación. Bobbitt asegura que la pureza de los motivos estadounidenses nunca fue más evidente que en la decisión de Wilson de intervenir en la guerra, que consiguió detener la ofensiva alemana de 1918; más aún que en la posterior coalición antihitleriana, se trató de una empresa moral *par excellence*. Y en este momento aparece en escena el «coronel» House. Bobbitt cuenta con entusiasmo la intervención de ese amigo y consejero de Wilson, esquivando los canales diplomáticos tradicionales, para recomponer el viejo mundo. En su relato sobre el entrometido emisario estadounidense no se permite ninguna ironía jamesiana que pudiera deslucirlo, y repite punto por punto la moraleja de un capítulo anterior: del mismo modo que Castlereagh había intentado orientar a la Santa Alianza hacia las normas emergentes de la nación-Estado semiparlamentaria, ahora House intentó promover la comprensión de los elevados ideales del nuevo Estado-nación; pero los miopes beligerantes europeos se aferraron a sus obsoletas prerrogativas, desfigurando el futuro previsto por Wilson.

Los historiadores suelen culpar a la Entente victoriosa por abandonar la tradición histórica de la amnistía diplomática e imponer compensaciones insoportables a los derrotados. Bobbitt, por el contrario, trata de conciliar los nobles preámbulos de Wilson con los helados ultimatots de Clemenceau: en su opinión, Alemania no sólo había iniciado la larga guerra, sino que su «constitución» la inducía a emprender agresiones esencialmente criminales hasta que se encontrase con una derrota punitiva aplastante. El aspecto más estrafalario de *The Shield of Achilles* es su rememoración, cosecha de 1914, del espantajo de los hunos. Los juicios de Bobbitt sobre el Reich prusiano-alemán no son sino una serie de apreciaciones asombrosamente burdas. La principal entre ellas es la afirmación de que ese Estado ya era *fascista* en 1871, para pasar a informar solemnemente al lector de que «la continuidad básica de la historia alemana entre 1871 y 1945 reside en su objetivo principal: la defensa de un sistema constitucional fascista frente al liberalismo y el socialismo»<sup>15</sup>. Por eso insinúa que

si los vencedores no hubieran impuesto unas compensaciones tan rigurosas a la República de Weimar, los nazis simplemente habrían llegado antes al poder, disfrutando de una ventaja decisiva en la guerra inevitable que vendría después. La idea de que el colapso de la República de Weimar se debió en parte a los duros términos del Tratado de Versalles apenas le merece una reprobación.

Por anacrónica que parezca, esta animadversión contra el militarismo alemán, en una obra que por lo demás trata las diversas rapiñas e intrigas de las grandes potencias con *sang-froid*, tiene una resonancia actual. Basta pensar en la evocación del «entreguismo» de Chamberlain y Daladier en Múnich, destinada a equiparar a Sadam Hussein con Hitler. La falsificación de la historia alemana constituye el nadir de *The Shield of Achilles*. En otros asuntos Bobbitt se muestra bastante capaz de independencia intelectual; no le cuesta reconocer, por ejemplo, que Estados Unidos se mantuvo permanentemente a la ofensiva contra una Unión Soviética más débil durante la Guerra Fría, algo que le parece digno de elogio, alabando por ejemplo –aunque ahí quizá entren en juego lealtades familiares– la guerra de su tío Lyndon en Vietnam y la invasión de la República Dominicana como episodios meritorios en la lucha contra el comunismo<sup>16</sup>. Aunque cuando le parece necesario se muestra conmovido por las victimologías oficiales, nunca empañan enteramente su juicio, ya que a menudo las alterna con las recomendaciones más duras. De hecho, espera que en un próximo futuro las normas que justifiquen la intervención de las grandes potencias no tengan que enmascararse bajo el lenguaje de la defensa, ese vocabulario ya obsoleto del Estado-nación soberano.

### *¿Aurora o crepúsculo en París?*

Aproximándose a la prehistoria del presente, Bobbitt presenta lo que llama la Paz de París –la «Carta por una nueva Europa», adoptada por la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) a finales de 1990– como el marco diplomático en que la norma constitucional democrático-liberal del Occidente victorioso obtuvo por fin el reconocimiento universal que le faltó en Versalles. Este momento cobra una importancia decisiva en la arquitectura de la narración de Bobbitt, como auténtico gozne de la historia contemporánea, en torno al cual sigue girando el presente. Pero justo en ese instante aparece la tercera y más importante aporía de su construcción, ya que, por un lado, la Paz de París representa una nueva constitución para el sistema interestatal, basada en la legitimación universal de la democracia, los derechos humanos y la

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>16</sup> La guerra de Vietnam «contribuyó a la victoria definitiva de los aliados»; la intervención en la República Dominicana fue «uno de los actos en defensa de la democracia más exitosos del periodo»: *ibid.*, pp. 9, 59, 474.

economía de mercado, y como tal otorga el derecho a intervenir militarmente para defender esas normas allí donde se vean desafiadas. Como dice Bobbitt:

La Paz de París debía establecer esta norma constitucional para la sociedad de los Estados: ninguna soberanía estatal es inviolable si desprecia deliberadamente las instituciones parlamentarias y la protección de los derechos humanos. Cuanto mayor sea el rechazo a estas instituciones –que son los medios por los que las sociedades ceden la soberanía a sus gobiernos–, más se recorta la capa de la soberanía que de otra forma protegería a los gobiernos de la interferencia de sus pares. La acción estadounidense contra la soberanía de Iraq, por ejemplo, debe valorarse a esta luz<sup>17</sup>.

Del mismo modo, añade, la Paz de París priva del manto de la soberanía nacional a cualquier gobierno que trate de hacerse con armas nucleares sin adecuarse a sus normas, autorizando ataques preventivos contra el delincuente<sup>18</sup>. En ese sentido, la Carta de 1990 aparece como heredera directa del Congreso de Viena, estableciendo las condiciones de legitimidad de la guerra y la diplomacia para toda una época, la que tenemos por delante.

El repaso más superficial del texto de la Carta deja claro, sin embargo, que la «Paz de París» no guarda ninguna relación con semejante idea. Descarta expresamente las acciones que según Bobbitt admite: «De acuerdo con nuestras obligaciones bajo la Carta de las Naciones Unidas y los compromisos adquiridos en el acta final de Helsinki –declaran sus signatarios–, renovamos nuestro compromiso de abstenernos de la amenaza o el uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o de actuar de cualquier otra forma no acorde con los principios o propósitos de esos documentos. Recordamos que el incumplimiento de las obligaciones de la Carta de las Naciones Unidas constituye una violación del derecho internacional»<sup>19</sup>. Y no se trataba de una mera *clause de style*, como se deduce de la reacción de la figura que, históricamente hablando, es su signatario más notable –dado que la mayor parte del documento era algo requetesabido para los políticos occidentales–, en concreto Gorbachov, contrario tanto al ataque de la OTAN contra Yugoslavia como a la invasión anglo-estadounidense de Iraq.

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 680.

<sup>18</sup> «Ningún Estado que no derive su autoridad de instituciones representativas y del respeto por las mismas de los derechos fundamentales puede sostener legítimamente que puede someter a su propio pueblo a la amenaza de un ataque nuclear preventivo o retributivo aduciendo sus supuestos derechos de soberanía, porque el pueblo que se convierte así en objetivo de un ataque nuclear no ha consentido soportar tales riesgos. Como mínimo, la Paz de París apuesta por esto», *ibid.*, p. 680.

<sup>19</sup> Véase la «Charter of Paris for a New Europe».



Pero si ni siquiera la lectura más tendenciosa podía convertir la Paz de París en una autorización en blanco a Estados Unidos para hacer su santa voluntad en nombre de los derechos humanos y las prerrogativas del club nuclear, ¿puede representar realmente el nacimiento del nuevo sistema internacional que requiere la época? En otros momentos, apreciando sin duda sus limitaciones, Bobbitt ofrece un diagnóstico muy diferente, en el que la Carta de 1990 apunta precisamente en la dirección opuesta. En esta versión, lejos de definir un nuevo orden mundial tras «el fin de la historia», las partes contratantes en París habrían ratificado las normas internacionales de un marco constitucional en declive, ya que en el mismo momento de su triunfo sonaba el toque de difuntos para el Estado-nación democrático-liberal. Desde entonces ha comenzado a surgir para reemplazarlo una forma política totalmente nueva, el Estado-mercado. Bobbitt subraya cuán drástica es esa mutación, expresando la diferencia entre ambas en una fórmula simple y helada: el Estado-mercado ya no basa su legitimidad en la mejora del bienestar de su pueblo<sup>20</sup>.

Por el contrario, esta nueva forma política pretende simplemente maximizar las oportunidades, esto es, «poner el mundo a disposición» de quienes tienen la habilidad o la fortuna de aprovecharse. El Estado-mercado, «indiferente en gran medida a las normas de la justicia o a cualquier conjunto particular de valores morales, en la medida en que el derecho ya no actúa como impedimento para la competencia económica»<sup>21</sup>, se define por tres paradojas: los gobiernos se centralizan, aunque sean más débiles; los ciudadanos se convierten cada vez más en espectadores; el bienestar disminuye, pero aumenta la seguridad y la vigilancia. Bobbitt registra sin inmutarse las consecuencias. La influencia de las finanzas sobre la política electoral puede hacerse tan completa como para borrar el estigma de la corrupción. Oleadas de privatización seguirán arrasando el Estado, convirtiendo gran parte de sus funciones en un conjunto cambiante y flexible de operaciones subcontratadas y clandestinas (recordando su actuación como consejero en la investigación del Senado sobre el asunto Irán/Contras, Bobbitt pide que la jurisprudencia defina más claramente la delgada frontera que separa capitalismo y crimen).

La enseñanza pública se vendrá abajo cuando los padres traten de aumentar el capital humano de sus hijos invirtiendo en la escuela privada. La desigualdad y el crimen podrían llegar a proporciones brasileñas. Habrá que redefinir las libertades civiles para que no obstruyan las operaciones antiterroristas de largo alcance. Algunas ficciones de ciudadanía darán paso gradualmente a sistemas de voto ponderados más realistas. El propio gobierno representativo se hará cada vez más ilusorio, a medida que plebiscitos organizados por los medios de comunicación asuman abiertamente la función de asegurar el consentimiento de unas multitudes ato-

---

<sup>20</sup> Ph. Bobbitt, *The Shield of Achilles*, cit., pp. 222 y ss.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 230.

mizadas. El falseamiento de las noticias so pretexto de la seguridad nacional se generalizará hasta el punto de engendrar una nueva epistemología de la opinión gestionada y controlada.

### *Las funciones del Estado-mercado*

El Estado-mercado, en el que culmina su narración de medio milenio, prepara la escena para las prescripciones de Bobbitt para el Occidente actual. Pero aunque lo describe bastante gráficamente, no ofrece ninguna explicación coherente de sus orígenes. Al comienzo nos decía que cinco factores han dado el golpe de gracia al Estado-nación: las normas sobre derechos humanos, las armas de destrucción masiva, las epidemias transnacionales, las finanzas globales e Internet. Según otra enumeración parecida, «las amenazas ecológicas ambientales, la migración de masas, la especulación con el capital, el terrorismo y la ciberinterferencia» son los retos que lo fueron arrumbando progresivamente<sup>22</sup>. En otro pasaje, Bobbitt observa que «el Estado-mercado es una adaptación constitucional al final de la larga guerra del siglo xx y a las revoluciones acontecidas en los campos de la informática, las comunicaciones y las armas de destrucción masiva que pusieron fin a la misma», aunque retira esa afirmación inmediatamente después de hacerla: «No he argumentado, ni pretendo argumentar, que el Estado haya cambiado del modo preciso en que lo ha hecho *como consecuencia* de los desafíos estratégicos que afrontaba»<sup>23</sup>.

La transición al Estado-mercado es así simplemente formulada, sin ningún esfuerzo por explicarla como consecuencia de una revolución en los asuntos militares, ni tampoco, por otra parte, en términos de las crisis económicas mundiales de los últimos treinta años, la crisis presupuestaria del Estado del bienestar o el inmenso cambio ideológico que ha supuesto la derrota del comunismo. De hecho, en ningún lugar se muestra tan claramente la fragilidad de las conexiones causales de *The Shield of Achilles* como aquí, en el punto más crítico de su exposición.

Hasta la cronología de sus orígenes permanece curiosamente envuelta en tinieblas. Si hubiera que nombrar dos arquitectos del Estado-mercado, Thatcher y Reagan serían los más evidentes: la pionera de la privatización y el promotor de la financiarización a escala mundial. En Estados Unidos, la agenda del gobierno de Reagan para volver a vigorizar el poder estadounidense mediante el rearme y un ataque en toda regla contra las organizaciones de los trabajadores no fue un mero paroxismo en las postrimerías de la Guerra Fría: la ofensiva patronal y el militarismo de la década de 1980 marcaron el advenimiento de un nuevo orden político en el que estamos viviendo todavía. Para Bobbitt, empero, «el presidente Reagan y la primera

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. xxii.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 228, 234.

ministra Thatcher se contaron entre los últimos líderes del Estado-nación», porque su legitimidad todavía se basaba en su pretensión de mejorar el bienestar de sus pueblos. Al desechar esa reliquia, por el contrario, «Bush y Blair son los primeros líderes políticos del Estado-mercado»<sup>24</sup>.

De acuerdo con esta lectura, ningún símbolo podría ser más apto que la pérdida del poder de Thatcher en el preciso momento en que estaba firmando la «Carta por una nueva Europa» en París en noviembre de 1990, cuando fue ignominiosamente desplazada *in absentia* por los dirigentes de su propio partido reunidos en Londres. De los dos presentaciones antitéticas de la Paz de París que ofrece Bobbitt, no cabe duda de cuál orienta más vigorosamente su narración. Los titulares de los medios de comunicación de aquel mes, pronto olvidados, no se referían a la creación de un nuevo orden constitucional, sino a la agonía del antiguo<sup>25</sup>. Casi inmediatamente, una serie de crisis y desastres acontecidos tras la Guerra Fría disiparon las ilusiones, generando situaciones de emergencia en las que Estados Unidos no solamente reclamó el derecho soberano a decidir sobre la interpretación del derecho internacional, sino incluso a quebrantarlo a su voluntad. La primera guerra del Golfo, con su retórica del liderazgo estadounidense en la comunidad internacional, parecía el acontecimiento inaugural de la nueva era, pero al final resultó un falso amanecer, ya que en los Balcanes las Naciones Unidas demostraron su ineficacia y las homilias de París se mostraron de escaso interés para su gestión. Lejos de mostrar un propósito común, los Estados-mercado recién constituidos cayeron en un lamentable desorden. En su referencia a la crisis yugoslava, Bobbitt desplaza la atención, de la relación axial entre estructura social y estrategia, a la *mise en scène* de la indignación pública occidental sobre el destino de Bosnia, esto es, del poder duro al blando. Aunque muy consciente de la naturaleza plebiscitaria de la forma moderna de gobierno, Bobbitt a menudo reduce el mundo a su representación periodística. Su reconstrucción selectiva de la ruptura de Yugoslavia reproduce la interpretación oficial del internacionalismo atlántico, cuyas claves explicativas son el entreguismo europeo, la vacilación estadounidense y la indiferencia internacional frente al genocidio, lo que demuestra la incompatibilidad entre los derechos humanos y el nacionalismo. En ese mito sobre los orígenes, el bellaco Boutros-Ghali —que señalaba impertinentemente la enormidad mucho mayor del genocidio en Ruanda— aparece como portavoz de los pasmosos sofismas de un orden interestatal moribundo, mientras queda en la penumbra, apenas adivinable, la colusión occidental en aquellos acontecimientos.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 222. En otro lugar, de acuerdo con la oscilación general de su análisis a ese respecto, rinde el debido tributo a los fundadores: «En los Estados-mercado más prominentes, el terreno fue preparado por Margaret Thatcher y Ronald Reagan, que tanto hicieron por desacreditar el fundamento del bienestar para el Estado-nación»: *ibid.*, p. 339.

<sup>25</sup> Una mirada a la Figura III, que ofrece un diagrama heráldico de los sucesivos órdenes internacionales, los cuales tienen como eje su correspondiente tratado de paz, deja claro que la «Paz de París», que se sitúa muy a la derecha del eje modal de distribución, no es acorde con la serie. *Ibid.*, p. 346.

Por fortuna, al final Clinton vio la luz y accedió a atacar a Milosevic, de forma que en la práctica el cambio de escena se produjo en Rambouillet y no en París. El momento en el que la arquitectura internacional heredada de la Guerra Fría comenzó a ser remodelada no coincidió con las jaculatorias del Concierto de las Potencias, sino con el ultimátum de Estados Unidos<sup>26</sup>, cuyo margen de maniobra se ha ampliado desde entonces cada vez más. Los límites de lo posible están siendo todavía audazmente redefinidos. Según Bobbitt, el régimen estadounidense es el detonante de un universo legal en expansión de Estados-mercado, que hace saltar en pedazos el viejo orden internacional basado en el reconocimiento nominal de la soberanía de todos los Estados-nación y corrige las normas de la estructura de tratados y alianzas del siglo xx. Pero en realidad ese desorden no es la manifestación transitoria de un poder constituyente en funcionamiento, sino una nueva forma proteica de autoridad imperial que hace caso omiso de la propia idea de reglas legales universales y adopta una jurisprudencia basada en líneas flexibles de orientación estratégica.

### *Supremacía estadounidense*

En ese sentido, las conferencias y tratados son meros títulos de capítulo en los anales de la historia: su significado proviene de lo que viene a continuación. Desde la Carta de París, Estados Unidos, como campeón indiscutible del orden del mercado neoliberal, ha tenido que asumir la dirección de la tarea de reescribir las reglas de la propiedad, de la guerra y de la paz, lo que le ha expuesto al riesgo de tener que someterse a las reglas que él mismo ha establecido. Pero Bobbitt cree que el problema se puede esquivar fácilmente mediante una insistencia prudente en la flexibilidad y las excepciones. Los tratados sobre minas antipersonales, el Tribunal de Derechos Humanos, las armas químicas y biológicas, los misiles antibalísticos y las emisiones contaminantes que no respeten lo bastante los intereses estadounidenses deben ser transgredidos sin más. «Estados Unidos simplemente no está en la misma situación que otros Estados y, por lo tanto, no debe avergonzarse por las acusaciones de hipocresía cuando no adopta los regímenes de comportamiento que urge a los demás»<sup>27</sup>. A diferencia de quienes ven en el imperialismo actual una tormenta monstruosa provocada por la arrogancia de los neoconservadores, Bobbitt esboza vívidamente la lógica a largo plazo de la expansión estadounidense.

La ONU es sólo un pilar de una administración internacional que se tambalea: en esta era de destrucción creativa, la Organización Mundial de la Salud, el Banco Mundial, el FMI, la OSCE, la Unión Europea y hasta la OTAN

---

<sup>26</sup> Véase Ph. Bobbitt, *The Shield of Achilles*, cit., p. 468, aunque Bobbitt no parece apreciar contradicción alguna en su exposición.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 691.

deben ser reformadas o se hundirán en la irrelevancia. El mundo emergente de los Estados-mercado refleja su configuración social interna, situándose abiertamente a su frente clubes altamente selectivos en los que la jerarquía está en estricta correspondencia con la influencia financiera y militar. La divisa legitimadora de estas oligarquías planetarias es: «A cada cual según sus posibilidades». Aunque Bobbitt retoma ocasionalmente algunos de los lemas de la globalización, presenta la era en la que estamos entrando como una escena de fortalezas de riqueza rodeadas por la miseria, la violencia y las epidemias, con poca alegría homérica como compensación. La promesa característica de la era de los Estados-nación era el desarrollo económico para las regiones atrasadas «recién incorporadas», pero Bobbitt sugiere que eso también se está cancelando. Los términos del intercambio entre regiones avanzadas y atrasadas son actualmente tan desiguales como durante la Gran Depresión, y ya no cabe la posibilidad de dar saltos adelante en el desarrollo mediante una adecuada protección estatal.

En este panorama, Estados Unidos disfruta actualmente de una supremacía incontestable. ¿Cuánto tiempo durará? A Bobbitt le cuesta apartar la sospecha de que la constitución de todos los Estados-mercado debe modelarse siguiendo las especificaciones estadounidenses. Europa y Asia poseen sus propias variantes, que expresan distintas herencias culturales y prioridades públicas ligeramente divergentes. De forma que existe actualmente, según sugiere, un trío de formas de Estado-mercado: «empresarial», «gerencial» y «mercantil», que corresponden a las potencias dominantes de la OCDE: el modelo anglosajón, el de los administradores renanos y Japón, Sociedad Anónima. Atribuye a cada uno de ellos una imagen botánica diferente: el prado (Estados Unidos), el parque (Alemania) y el jardín (Japón). Bobbitt esboza su rasgos respectivos con un aire de imparcialidad, como si los tres estuvieran al mismo nivel y cualquiera de ellos pudiera prevalecer finalmente sobre los demás.

Pero como cabía esperar, es poco más que un gesto. Las variantes mercantil y gerencial, Japón y Alemania, se reparten la herencia del Estado-nación; el primero manteniendo una moral tradicionalista de responsabilidad de grupo, y el segundo la cooperación del grupo de intereses y la justicia social. Sólo la versión empresarial –Estados Unidos– se aproxima al modelo puro del Estado-mercado, por lo que cabe esperar que supere a los otros dos. «Su multiculturalismo, su mercado libre y sus diversas confesiones religiosas –todos los cuales han resistido a los esfuerzos centralizadores del Estado-nación– y sobre todo su hábito tolerante de la diversidad le dan una ventaja sobre los demás para adaptarse a ese nuevo orden constitucional»<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 242. Además, «el modelo empresarial ofrece a Estados Unidos mejores posibilidades de desarrollo, mercado y “venta” de los bienes colectivos para mantener la influencia estadounidense en el mundo», *ibid.*, p. 292.

Evidentemente, todo esto queda lejos de capturar la posición única de Estados Unidos en el sistema internacional, que permite a Washington utilizar su ventaja militar masiva para prevenir el veredicto del mercado mundial sobre los fundamentos económicos cada vez más inestables de su supremacía. Durante el periodo de entreguerras los principales Estados europeos estaban dispuestos a aceptar el arbitraje estadounidense sobre sus asuntos, en gran medida porque estaban masivamente endeudados. Estados Unidos ejercía un formidable veto acreedor sobre cualquier acuerdo referido a las deudas internacionales que pudiera poner fin a esa desestabilizadora circulación de dinero en la economía mundial. Hoy día la situación se ha invertido. Si la hegemonía estadounidense es aceptada por sus rivales potenciales, es en parte porque por muy deficiente que haya sido el funcionamiento de la mayoría de las economías nacionales durante los últimos treinta años, los potentados de todos los países han compartido el botín de los mercados financieros desenfrenados y siguen considerando el capitalismo estadounidense como horizonte del futuro.

Desde un punto de vista más sustantivo, acaso tengan razón al temer que en la práctica no sean muchas las opciones alternativas, ya que por muy «irresponsable» que sea su política macroeconómica, las dificultades y riesgos de tratar de disciplinar presupuestariamente a Estados Unidos parecen prohibitivos, dado que el déficit estadounidense constituye desde hace tiempo la fuente principal de la demanda que impulsa la economía mundial. El mercado estadounidense es clave para las exportaciones del resto del mundo. Por el momento, éste es el freno más poderoso de la tendencia de un sistema interestatal anárquico a propiciar coaliciones equilibradoras contra lo que de otro modo cabría entender como una concentración de poder desestabilizadora en la cúspide de la política mundial.

Las preocupaciones de Bobbitt van por otro lado. Los cálculos económicos sólo aparecen esporádica y superficialmente en *The Shield of Achilles*, y la tipología del Estado-mercado no tiene mucho peso en su argumentación. La narración histórica que construye no es esencialmente más que un prólogo errático y grandioso a los debates estratégicos que se desarrollan actualmente en Washington. A este respecto, la discusión gira en torno a los documentos canónicos sobre seguridad nacional que han definido los objetivos de Estados Unidos cuando se veía confrontado a la necesidad de optar entre actitudes fundamentalmente diferentes hacia los competidores y enemigos; y Bobbitt repasa las alternativas que circulan en este momento por el Capitolio. Ahí su análisis es conciso y controlado, presentando con ejemplar claridad las doctrinas actualmente en oferta: un nuevo nacionalismo (Buchanan); un nuevo «internacionalismo» (Brzezinski); un nuevo realismo (Kissinger); un nuevo evangelismo (supervivientes de Clinton); y «el nuevo liderazgo» de la única superpotencia que queda (Krauthammer). Bobbitt, que reprocha a cada una de ellas proponer sólo

un conjunto de planes para Estados Unidos, demanda un paradigma a más largo plazo para definir su perspectiva estratégica en el siglo XXI, pero en la práctica sus recomendaciones difieren poco del «nuevo liderazgo», la más agresiva de todas las agendas para el imperio estadounidense actual.

Esta posición tiene el mérito de la franqueza. Bobbitt no tiene tiempo para las acostumbradas hipocresías sobre el derecho internacional o las Naciones Unidas: «La concepción universal del derecho internacional es errónea en dos aspectos importantes. [...] Mezcla la igualdad de los Estados, un concepto legal, con la decisión de usar la fuerza, un concepto estratégico, de una forma fatal para ambos». Si la Asamblea General de las Naciones Unidas llegara a exigir «concesiones económicas y una reforma constitucional coherente con un mandato universal», el resultado sería contradictorio, ya que el Consejo de Seguridad mantiene el carácter de un concierto de grandes potencias, o peligroso, debido a la demagogia de las grandes mayorías<sup>29</sup>. Como la Sociedad de Naciones anteriormente, la ONU ha generado una «segunda generación de fracasos, esto es, una nueva oleada de crímenes amparados en la soberanía». El futuro reside por el contrario en otro congreso como los de Utrecht o Viena, capaz de establecer «una constitución para una sociedad de Estados-mercado que se parezca a la de las grandes empresas, permitiendo una votación ponderada basada en la riqueza»<sup>30</sup>. Pero eso está todavía muy lejos. Entretanto, Estados Unidos debe actuar como pueda, «para diseñar una estrategia de dominio a largo plazo sobre sus competidores que le permita prevalecer en las confrontaciones convencionales, así como desplegar fuerzas expedicionarias sobre el terreno»<sup>31</sup>.

La estrategia reciente del gobierno de Bush se basa en la esperanza de que vigorosas movilizaciones de la «coalición de los dispuestos» encabezada por Estados Unidos, seguidas de grandes victorias, rellenen periódicamente el depósito de presión política disponible para convencer a los reacios y recalcitrantes en todas las mesas de negociación. Por el momento, el entorno parece bastante favorable a tales designios. Aunque Washington ha endurecido el tono contra Francia y Alemania, ha adoptado una línea extremadamente acomodaticia hacia Japón, reconociendo que mientras Japón subvencione la masiva y creciente deuda externa de Estados Unidos, no tiene capacidad ni voluntad de utilizar esa palanca. Pese a todas las bravatas de Washington contra ellas, las clases políticas de París y Berlín están por el momento muy poco dispuestas a invertir en el negocio, muy costoso y arriesgado, de intentar construir un centro de gravedad independiente en la política mundial, y así seguirá siendo a menos que se vean obligadas a seguir ese camino. El lento declive de Rusia parece requerir únicamente una pequeña cantidad de discursos alentadores, cerco

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 361, 475.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 472, 475, 777.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 302.

y préstamos de emergencia periódicos; y a diferencia de la antigua Unión Soviética, China está totalmente integrada en un mercado mundial dominado por Estados Unidos, en el que sólo trata de expandirse sin trastornos excesivos.

### *Adversarios*

Pero esta gran libertad de maniobra, sin preocupaciones por el equilibrio de poder entre los Estados, alberga el peligro de exagerar las amenazas y de subestimar los obstáculos. La disciplina que una Unión Soviética con armas nucleares impuso en otro tiempo a los gobernantes estadounidenses se ha desvanecido. La retórica de la Administración republicana es una anticipación ominosa de lo que podría suceder en caso de un declive económico mundial. Pero ni siquiera una escalada de hostilidades entre Estados Unidos y China, Rusia, Europa o Japón tendría muchas posibilidades de invertir una de las tendencias sociológicas principales de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial: el declive del militarismo de masas en Europa occidental y Japón tras cuarenta años de guerras con muchas bajas, proceso que finalmente alcanzó a Estados Unidos en la plenitud de sus operaciones en Indochina. Los enormes ejércitos de conscriptos de las grandes potencias fueron desmantelados inmediatamente después de la guerra o quedaron desacreditados durante las últimas décadas del colonialismo. El despliegue de paraguas nucleares generales, el advenimiento del consumismo, la neutralización cultural del *pathos* nacionalista en la vida pública, el colapso final de las capas sociales rurales entre las que se reclutaban la mayoría de los oficiales y soldados, y el resquebrajamiento de los roles de género tradicionales sellaron el destino de la vieja política de las grandes potencias. Las únicas intervenciones militares que pueden ahora suscitar una aclamación doméstica son las que no demandan pesados sacrificios en el frente interno. Ahora resulta obvio, como atestigua el enorme déficit estadounidense, que en ninguna circunstancia se puede pedir a los segmentos sociales ricos o muy ricos que carguen con los costes del imperio.

Bobbitt reconoce este cambio irreversible, aunque muestra su ambivalencia hacia él, con una nostalgia que «siente más que la mayoría»<sup>32</sup>. *The Shield of Achilles* puede leerse en parte como un canto del cisne de ese viejo militarismo de las naciones-Estado y los Estados-nación, pero también es un llamamiento específicamente posmoderno para iniciar otra época heroica. El libro plantea repetida, aunque indecisamente, la pregunta: ¿debemos prepararnos para guerras entre las variantes estadounidense, europea y japonesa del Estado-mercado durante el siglo xxi, como los que tuvieron lugar

---

<sup>32</sup> «La guerra larga del Estado-nación ha concluido, tras destruir todo imperio que participó en ella, toda aristocracia política, toda junta de mando general así como gran parte de la belleza de la vida europea y asiática», *ibid.*, pp. 245, 805.



entre la democracia liberal, el fascismo y el comunismo en el siglo xx? Cuando ya habían pasado dos años desde el inicio de la Primera Guerra Mundial, Lenin declaró que el imperialismo no era sólo una política: era la lógica estructural de la competencia en el mercado mundial refractada a través de la rivalidad entre las grandes potencias. Bobbitt nunca va tan lejos, pero en *The Shield of Achilles* hay indicaciones de que la conmovición «constitucional» neoliberal de las dos últimas décadas podría estar asumiendo ahora su verdadera forma geopolítica, no en las utopías del libre comercio pacífico, sino en una brusca agudización de las tensiones interestatales en la franja más alta de la jerarquía de poder mundial.

Ahí, en un libro cuyo horizonte es en todo lo demás inequívocamente atlántico –y cuyos hitos narrativos toman sus nombres de ciudades europeas– el foco de inquietud es el Pacífico. La perspectiva de que Japón consiga armas nucleares es, a ojos de Bobbitt, mucho más peligrosa que la de Corea del Norte. De hecho, argumenta, podría ser necesario tolerar esta última para evitar la primera.

Supondría una tragedia para el mundo que para extirpar la fuerza nuclear norcoreana, con la que Japón ya ha aprendido a convivir, sumiéramos la península en una guerra que condujera a la movilización de la energía y riqueza japonesa en favor de sus fuerzas armadas. Los japoneses, con menos del 1,5 por 100 de su PIB, sostienen el tercer aparato defensivo mayor del mundo, y no existe una institución del estilo de la OTAN que lo vincule con las fuerzas de los Estados que lo rodean<sup>33</sup>.

China, por el contrario, a la que tanto espacio dedica Mearsheimer en su análisis de las potenciales amenazas para Estados Unidos, recibe –un tanto misteriosamente– una atención muy escasa por parte de Bobbitt.

La necesidad de moderar las ambiciones de los eventuales rivales, expresada explícitamente por primera vez en la *Guía de Planificación de Defensa* del Pentágono en 1992 y ratificada más tarde en la *Estrategia de Seguridad Nacional* proclamada por Bush en 2002, figura en primer lugar en la perspectiva global de Bobbitt, que clasifica a los enemigos según los peligros que plantean a Estados Unidos y pretende ajustar las estructuras de fuerza generadas por la revolución en los asuntos militares para contrarrestarlos. Los adversarios aparecen así repartidos en tres grupos, «a», «b» y «c». El grupo «a» consta de los competidores de igual rango: Alemania, Francia, Japón y Rusia. El «b» comprende a las potencias de nivel medio que acaban de conseguir armas de destrucción masiva o están a punto de conseguirlas: Pakistán, India, Irán, Iraq y Corea del Norte. Y el «c» abarca una colección más variopinta de Estados delincuentes menores (Libia, Serbia, Cuba), de terroristas, de criminales y de insurgentes. China no aparece en la clasificación. En *The Shield of Achilles* Bobbitt no se recata en decir que la principal prioridad consiste en asegurar la superioridad

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 261; véase también la p. 687.

militar sobre las potencias «a». «Las mayores amenazas a la seguridad estadounidense provendrán de Estados potentes y tecnológicamente sofisticados, y no de los “delincuentes”, ya sean pequeños Estados o grandes grupos de bandidos»<sup>34</sup>. De acuerdo con esa convicción, Bobbitt ha expresado recientemente su reservas sobre el «eje del mal» y, fiel a su propio *métier* durante la Guerra Fría, asegura que para afrontar el desafío de los Estados de la lista «a» hay que mantener la primacía nuclear sobre ellos, integrándolos bajo el manto de protección estadounidense.

Aunque resulten en definitiva menos peligrosos para Estados Unidos, porque no amenazan de hecho el territorio estadounidense, los Estados «b» plantean los riesgos más inmediatos de proliferación nuclear, y eso debería dictar el trato que se les dé. A este respecto, la principal innovación de la última década es la doctrina, de la que Bobbitt ha sido un destacado paladín, que preconiza ataques preventivos contra los Estados a punto de obtener armas de destrucción masiva; por esa razón ha aplaudido la conquista de Iraq. Pero prevé una presión continua de todos los Estados de la lista «b» para compensar la abrumadora superioridad convencional estadounidense, y concluye que el uso de armas nucleares será más probable en el futuro, sin que quepa esperar tratados que frenen la carrera armamentística.

¿Y qué pasa entonces con los objetivos de la lista «c»? Ahí aparece una nueva anomalía. Los desafíos que predominan en la exposición de Bobbitt sobre los peligros potenciales para la hegemonía estadounidense, a los niveles de fuerza «a» y «b», no tienen prácticamente nada que ver con las supuestas novedades del Estado-mercado. Las armas nucleares son una creación de la Segunda Guerra Mundial y pieza central de la Guerra Fría, durante la que se extendieron no sólo a Gran Bretaña, Francia y China, sino también a Israel y Sudáfrica. Pertenecen a la época del Estado-nación. Realmente sólo es en el nivel «c», el menos significativo, donde entran específicamente en juego consideraciones relativas al Estado-mercado —resultado y agente de la «globalización»—, cuya fuerza y debilidad deriva de sus expuestas y porosas fronteras, a través de las cuales puede introducirse y golpear el terrorismo fanático, lo que difumina la línea que separa la política exterior de la vigilancia interior.

En su muy meditado inventario de los peligros que afronta Estados Unidos, confeccionado sin duda durante el gobierno de Clinton, Bobbitt relegaba tales amenazas a una categoría residual, al final de la jerarquía «a, b, c». Pero quizá porque ha apreciado la divergencia entre su diagnóstico acerca del «nuevo orden constitucional» y sus previsiones sobre la turbulencia bastante tradicional que le espera, parece haber creído necesario elevar la apuesta de los riesgos específicos del Estado-mercado, introduciendo en su obra una serie de espeluznantes escenarios de futuro.

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 315; véanse también las pp. 306, 309.

Supuestamente, la inspiración para éstos provino (un apropiado toque de Estado-mercado) de ciertas deliberaciones entre directivos de Royal Dutch Shell, pero de hecho están más cerca de las fantasías de la literatura popular de Tom Clancy: atentados terroristas en el túnel bajo el Canal de la Mancha y la catedral de Chartres, devastadoras guerras por el agua en el subcontinente indio, epidemias horribles en África, ataques químicos contra Corea del Sur, colapso económico mundial, golpes preventivos en Asia central, disturbios raciales en Washington... las páginas de *The Shield of Achilles* están salpicadas de distintos desastres y peajes de muerte.

Ninguna de las teorías que desarrolla Bobbitt en su libro están demostradas ni comprobadas en estas fantasmagorías, que incluso su admiradores han lamentado. Pero esos raptos de fantasía aparentemente extemporáneos cumplen una función. Alimentan lo que Mike Davis ha llamado «globalización del miedo», con imágenes que crean una atmósfera de pesadilla adecuada para una doctrina draconiana de prevención armada en el interior y en el extranjero<sup>35</sup>. *The Shield of Achilles*, con ese fomento del pánico, proporciona una configuración narrativa a las pesadillas que infestan el Estado-mercado, convirtiéndolas en decorado cinematográfico de un heroico crepúsculo de Occidente.

Pero como la versión de Spengler anteriormente, quien previó la ominosa llegada de un nuevo César para salvar la civilización agonizante, también ésta concluye con una actitud estoica. Occidente no puede evitar la guerra que viene, pero puede quizá configurarla. Los ataques del 11 de Septiembre proporcionan a Estados Unidos una «oportunidad histórica» para incitar a sus ciudadanos a acometer tareas desagradables pero necesarias. «La guerra es una circunstancia natural del Estado, que se organizó como instrumento efectivo de violencia en beneficio de la sociedad. Las guerras son como la muerte: aunque se puede posponer, llegan cuando llegan y no se pueden evitar indefinidamente»<sup>36</sup>. La observación de Adorno de que, pese a toda su crudeza intelectual, la tesis de Spengler todavía seguía sin refutar debe mantenerse presente.

---

<sup>35</sup> Un pasaje de la *Política* de Aristóteles capta la dinámica política de esa hipérbole: «Cuando el peligro es inminente, la gente está inquieta y se aferra a su constitución. Quienes se preocupan por la constitución deberían, por lo tanto, crear inquietud, lo que pondrá a la gente en guardia y le hará mantenerse vigilante como centinelas nocturnos. En una palabra, deben acercar lo remoto» (*Política*, libro V, capítulo 8, Oxford, 1995).

<sup>36</sup> Ph. Bobbitt, *The Shield of Achilles*, cit., p. 819.